

Alberto Ghirardo

Un precursor del teatro en América, Manuel José de Labardén

LA TRADICIÓN HISPANO-INDÍGENA

I



El caso de Manuel José de Labardén, verdadero precursor del teatro nacional argentino, es uno de los más curiosos, sugestivos, originales y llenos de misterio que registra la historia literaria de América.

Labardén, el primer hombre de letras del Río de la Plata, como acertadamente se le ha denominado, surge en realidad a la vida del arte, en el año de 1786, como autor de una sátira en verso contra el ambiente literario de Buenos Aires, sátira conservada manuscrita entre los papeles del maestro don Juan María Gutiérrez a quien tanto debe la investigación literaria de la América española.

Necesario es transportarnos a la época colonial argentina para darnos una idea aproximada de las dificultades que un hombre como Labardén hubo de vencer para realizar su obra de arte.

El atraso de la época y la tiranía impuesta por el poder de la Colonia, ha sido la causa de que se haya perdido casi toda la producción literaria de Labardén, entre ella la tragedia *Siripo*,

primera obra estrenada en Buenos Aires por un autor americano.

A pesar de esta pérdida, tan lamentable desde el punto de vista histórico literario, no es posible negar la influencia ejercida por Labardén entre sus contemporáneos y la trascendencia de este estreno.

He aquí, pues, la información transmitida por la historia de la literatura argentina respecto al *Siripo* y a su autor.

II

Nace don Manuel José de Labardén en la ciudad de Buenos Aires el año de 1754, cuando la hoy populosa, rica y desbordante capital argentina no contaba aún con quince mil habitantes blancos de población, según la *Guía de forasteros* y cuando la concurrencia escolar a la Escuela del Rey y a los conventos donde se enseñaba de memoria, no alcanzaba a la raquítica suma de ochocientos alumnos.

Hace sus primeros estudios en su propia casa, bajo la tutela de su padre, don Juan Manuel de Labardén, hombre de posición social elevada aunque de escasa fortuna, pero no tan escasa que le impida costearle a su hijo el viaje a Chuquisaca donde debe alcanzar las borlas del doctorado al entrar en su primera juventud y a pesar de su irresistible vocación por las musas con las que ya está en relación desde su precoz adolescencia.

El año 1778, graduado de abogado, regresa a su ciudad natal donde encuentra un hogar desolado por la muerte de su jefe y arruinado por la fatalidad.

Comienza entonces su lucha de hombre y de poeta. Contribuye con su prédica desde la cátedra al nacimiento de las ideas liberales y puede al poco tiempo exclamar entusiasmado: «que veía con el más vivo regocijo de su corazón que las ciencias, en otro tiempo encarceladas en un rincón del Oriente, viajaban por el mundo en libertad».

Espíritu renovador, fuerza dinámica en un ambiente dormido donde la menor audacia encuentra el máximum de resistencia y en donde sólo el empuje de una voluntad formidable podía agrietar la caparazón paquidérmica del conservadorismo tradicional, libra sus primeras batallas lanzando al viento público, desde las únicas tribunas con que cuenta la ciudad, sus odas, sátiras y loas que han de tropezar en su camino con la acción de implacables censores como aquél famoso marqués de la Plata que encontrando *arriesgada la loa, en verso*, sobre los niños expósitos, con que Labardén precedió la representación de su *Siripo*, tuvo a bien secuestrarla para la eternidad.

Hemos dicho que Labardén surge en realidad a la vida del arte el año de 1786, pero no está demás dejar constancia aquí que desde 1778, es decir, ocho años antes, lucha e impone su nombre en las tertulias literarias de la época, comenzando a descollar entre la juventud intelectual porteña en cuyas mentes fulguran ya las ideas de independencia gestadoras del alba de mayo, juventud que lo acata como maestro y más tarde como jefe de escuela.

Estamos en 1789. Un virrey español y progresista, don José Vertiz, acaba de fundar el primer teatro argentino, o sea la *primera casa de comedias* establecida en la Argentina, después de ganar una verdadera batalla al elemento clerical, que realizó una ruda campaña contra esta iniciativa liberal, campaña empezada entre las sombras de los confesonarios para terminar ruidosamente en los púlpitos desde donde se descargaron todas las iras de la ignorancia y la reacción.

Por fin, pasados mil contratiempos, llega la hora culminante en la carrera de Labardén. Su nombre, ya popular, está en vísperas de ser consagrado. Vertiz, el progresista y liberal virrey español, ha dotado a Buenos Aires, de su primer teatro; Labardén, el poeta argentino, tomando su argumento a la tradición hispano-indígena, lo dotará con la primera tragedia americana escrita en lengua cervantina.

El domingo de carnaval de 1789 se anuncia en *la Ranchería*, el teatro fundado por Vertiz, la representación de la tragedia *Siripo*, y esa noche una vez más, el juicio popular, estruendoso, unánime, definitivo, levanta en sus brazos de amor y de luz, a los pináculos de la gloria, el nombre de un poeta, del poeta argentino a quien hoy se considera como el verdadero precursor del teatro en el Plata. Contra la censura de los doctos, la inquina y el furor teocráticos y la apatía de un ambiente mezquino, la multitud, constituida en tribunal inapelable, le consagró.

La tradición oral, porque entonces no existían periódicos en Buenos Aires, ha conservado la crónica del acontecimiento; pero el drama, o más propiamente dicho, la tragedia, se ha perdido, habiéndose salvado milagrosamente el segundo acto que las actuales generaciones conocemos también gracias a la investigación de Gutiérrez.

III

Ahora en cuanto al argumento de la obra, he aquí un resumen, hecho de acuerdo con la narración del historiador argentino, Gregorio Funes. Tras dos años de formidable lucha, y sintiendo el explorador Gabotto, sin duda, el dolor de la nostalgia, vuelve la proa de sus bajeles con rumbo a España, dejando el Fuerte Sancti Spiritus bajo la custodia y mando del capitán don Nuño de Lara. Entre aquella falange de valientes, existen dos seres cuyas almas laten con la fe de un amor sublime: Lucía Miranda y Sebastián Hurtado. Lucía Miranda, la diosa blanca, mujer de extraordinaria hermosura, inspira a Marangoré, jefe de la tribu vencida, una fatal pasión. Marangoré, en las soledades de su aduar, pide consejo a su hermano Siripo; cuéntale con caldeadada frase las penas que le devoran, y, de común acuerdo, conciertan el plan siguiente: apenas asomase la luz del alba, Marangoré se presentaría en el Fuerte acompañado de treinta

mancebos del Timbú, los cuales irían cargados de víveres que ofrecerían a los españoles. Aceptada la ofrenda y una vez dentro del fuerte, Marangoré atacaría repentinamente a sus enemigos, y Siripo, convenientemente apostado en las inmediaciones, protegería con los suyos la traición concertada. Este plan no podía ser, ni más oportuno ni de más fácil realización, sobre todo, si se tiene en cuenta que en aquellos momentos, los españoles carecían de vituallas y se encontraban con menos tropas de defensa que la ordinaria, pues el gobernador Nuño de Lara había, días antes, dispuesto una expedición, que asegurase la conquista de nuevos territorios, y confiado el mando de las tropas al esposo de Lucía, el capitán Hurtado.

Marangoré se presenta en el baluarte; habla con lealtad fingida; acepta Lara con gratitud sincera los presentes; bríndale con un puesto en su modesta mesa, y ofrece además, al cacique y a los suyos, por ser llegada la noche, cama donde reposar de las fatigas del viaje.

Lo que había de suceder sucede, y a la señal concertada comienza la lucha bárbara. Los españoles se defienden con heroicidad; el mismo Marangoré cae muerto a un golpe de la tizona de Lara, que poco después sucumbe también; y Siripo, reforzando la mermada hueste de los suyos, concluye por incendiar el castillo y apoderarse de un rico botín del que, junto con otras mujeres, forma parte Lucía.

Sigue en el drama la pintura del regreso de Hurtado, cuyo dolor es igual a su sorpresa, cuando después de encontrar ruinas, en vez del Fuerte, busca a su compañera y sólo tropieza con los despojos de la muerte. Al fin la encuentra, pero esclava del salvaje y sufriendo las más crueles torturas. Una chispa escapada de las cenizas de Marangoré, ha prendido en el alma del nuevo cacique Siripo, en el momento mismo que vió a Lucía.

A partir desde el instante en que Hurtado se encuentra con su esposa, la tragedia adquiere un interés extraordinario. Des-

piértanse los celos más desesperados en el alma de Siripo y éste decreta la muerte del rival.

Entonces Lucía, por salvar al capitán renuncia al tono altivo con que trataba al cacique; llora, suplica, ruega, y consigue la revocación de la terrible sentencia. Pero con una condición: que los esposos han de renunciar para siempre al lazo que los une, y que Hurtado ha de tomar mujer nueva entre las que viven en la tribu. ¡Promesas vanas! El cariño se sobrepone a todo, y el aparente despego de Lucía desaparece para dar lugar, durante las ausencias de Siripo a escenas en que brilla con la misma intensidad de siempre el amor jurado al capitán. Conocidos los extremos a que llegaba pasión tan inextinguible, por denuncias de la más despechada de sus mujeres, el cacique manda arrojar a Lucía en una hoguera haciendo que su esposo sucumba bárbaramente asaeteado. Y con la agonía desesperada de los amantes termina la tragedia».

Elemento teatral admirable, acción fecunda, emoción, rencores de razas, celos, pasiones exaltadas, ambiente lleno de color y contrastes, todo lo que caracteriza al género literario a que pertenece. *Siripo* está latente en esta tragedia, cuya factura, según todos los testimonios llegados hasta nosotros así como el acto salvado, cuadra perfectamente a su concepción, demostrando que su autor disponía de grandes facultades de hombre de teatro.

IV

Tengo a mano algunos ejemplos, muy escasos por cierto, de la versificación de *Siripo*, pero no quiero privar de ellos a mis lectores. Helos aquí:

De la escena duodécima, acto segundo, publicado por Gutiérrez, esta estrofa donde apunta la protesta de la futura rebelión de los hijos de América:

*Yo voy a ser su guía, y libertarle
de la injusta opresión. Sabrá el tirano
que los justos derechos de los hombres
no pueden, tan sin riesgo, ser violados.*

En otra escena, en la sexta, irrumpe en esta forma, contra los conquistadores, el rencor del indio, encarnado en Siripo:

*¡Los nombres, en señal de señorío
habéis a nuestras cosas ya mudado!*

Y este monólogo de Lucía, al considerarse abandonada por Hurtado:

*Lo entiendo a mi pesar. El se ha vengado.
¿Y dónde iré yo sola? ¡Mujer débil!
¿Qué gruta será fúnebre reparo
a mi triste orfandad? ¿Los fieros tigres
socorro me darán? Si, serán mansos
cuando un amante, un padre y un esposo,
su fiereza les roban despiadados.
¿Pero de quién me quejo? ¿Su venganza
no he provocado yo? ¿No es justo pago
aqueste, de mi crimen? ¿Yo no he sido
quien con ojos risueños ha mirado
infíel, a un nuevo amante que tejía
con alevosas y sangrientas manos
la guirnalda nupcial, que coronase
mi crimen y mi boda? Es necesario
que la muerte le lave. Morir debo.
Yo, de mi misma juez, pronuncio el fallo.
El honor lo aconseja, amor lo manda.*

Aunque *Siripo* no fuera la única ni última prueba del talento dramático de Labardén, puesto que la crónica consigna noticias de otras tres obras, una anterior sobre un tema de la *Araucana* de Ercilla, las otras dos posteriores a aquel estreno y tituladas por su autor «La muerte de Filippo» y «La pérdida de Jerusalén», según carta auténtica encontrada entre los papeles de uno de sus amigos, justo es pensar que sólo el ambiente refractario y pobre en que le tocó actuar pudo malograr en definitiva a un talento como el suyo tan bien dotado y que con tan noble arrogancia acometía un género literario de tantas dificultades como el teatral.

En la carta que menciono decía Labardén, refiriéndose a su «Filippo» y a su «Jerusalén»: «Saldrán del astillero, si el *Siripo* navega con próspero viento, acreditando que tomé buenas medidas para su construcción».

Pero estaba de Dios que las aguas habían de torcer su curso para el gran autor teatral que había en Labardén, ya que buenas eran las medidas tomadas y que el éxito de *Siripo* fué tan halagador como reconfortante.

En 1792 ardía el teatro de *La Ranchería* fundado por Vertiz y adonde Labardén triunfara, y esta trágica clausura lo sumió en el más triste de los dolores hasta el año de 1801 en que la fundación del *Telégrafo* o sea el primer periódico argentino le da ocasión para presentarse como poeta y en él lanza su también después célebre oda al Paraná, que comienza:

*Augusto Paraná, sagrado río,
primogénito ilustre del Océano...*

y que confirmara el juicio de Maciel cuando dijera: «Labardén es un genio de orden superior, por la singularidad y universalidad de sus talentos. Adornado de los más bellos conocimientos, revela sobremanera el numen poético de que le hizo gracia la

naturaleza. Y la perfecta comprensión de todos los preceptos y primores más recónditos de la poesía, le hace lugar en las primeras gradas de nuestro parnaso español».

Noventa años después, el gran don Marcelino Menéndez y Pelayo reconocería que en su época «había muy pocos poetas en América capaces de competir con Labardén», agregando, refiriéndose a la Oda al Paraná: «¿Quién no ve en el pensamiento, y hasta en algunos de sus giros, un no remoto parentesco con las *Silvas americanas* de Bello, que no fueran compuestas sino muchos años después?» para terminar con la siguiente síntesis, en el estudio que en su historia de la literatura hispanoamericana le dedica a esta simpática personalidad: «Fué Labardén uno de los hombres más influyentes y respetados de su tiempo, sin duda el más poeta de todos y es lástima que se conserven tan pocas muestras de su numen».

V

Como nota curiosa quiero asimismo dejar constancia aquí del informe dado por el oidor marqués de la Plata, aludido anteriormente, a propósito de la loa *La Inclusa*, también perdida y con cuya lectura precedió Labardén la representación de su *Siripo*. Dice el informe: «Estas páginas tienen mucho de la impiedad y libertinaje de los filósofos de esta era, entregada a su capricho y corrupción. Se ve derramado, además, el espíritu de *Rusó* (sic) sin que se ataquen las máximas de Acracia (personaje de la Loa), con todo el nervio correspondiente, para extinguir y aniquilar el veneno que difunden».

Y como corolario saboree el lector esta carta de Labardén, escrita a don Manuel Basavilbaso solicitando su intervención amistosa ante el terrible fiscal: «Sírvasse usted insinuar al censor que de todo corazón pongo sobre mi cabeza el bollo de su censura, que aprecio con coscorrones y todo, y que me haga la merced de pasar su mano muy urbana por *La Inclusa*, que no dudo le agra-

dará por la circunstancia de que, a pesar de mis pocos años, trato más de ser útil que dulce, pues bien se ve que yo no tengo que ir a forjar *a posteriori*, como Ariosto, alegorías morales para disculpar el desperdicio del tiempo de cantar locuras».

Como se ha visto el nunca bien ponderado oidor hizo oídos sordos a la intervención amistosa, si intervención hubo de parte de Basavilbaso, determinando con su informe el auto de fe de la loa, (después de leída) pese a la cristiana intención de Labardén, que la escribió expresamente «para exaltar los beneficios a que se hacen acreedores los pobrecitos niños expósitos...».